

Gente Menuda

PERIODICO INFANTIL



SE PUBLICA LOS DOMINGOS



NUMERO SUELTO, 10 CÉNTS

AÑO V.

MADRID, 9 DE ENERO DE 1910.

NÚM. 106.



CUENTO DE REYES

CONCLUSION

- ¡Vámonos á dormir!—dije yo á mi hermanita.
—No, vamos al cuarto ropero—replicó Lulú.
—¿Al ropero? ¿Y para qué, mujer...?
—Para ver si la pobre Julita ha puesto el zapato.
Se trataba de una niña huérfana de madre que vivía con su padre

Ayuntamiento de Madrid

en uno de los cuartos interiores de nuestro piso; la única ventana que tenía su vivienda, abríase al lado de la nuestra del ropero; sigilosamente penetramos en la habitación, iluminada por la luna, y miramos por las vidrieras; en el alféizar de la ventana de la vecinita no había nada.

Suspiró Lulú, murmurando:

—¡ Pobrecilla! Los Reyes no la traerán ningún juguete.

—¿ Y por qué?—pregunté yo sorprendido con tal afirmación.

—¡ Tonto, porque los Magos pasan de largo por las ventanas vacías!

—¿ Y por qué no habrá puesto Julia sus botas...?—insistí.

Lulú se encogió de hombros como diciendo “¡quién sabe!”, y yo murmuré bajito:

—Pues mira, tú, mujer, lo que son las cosas: á Julita debían traerla los Reyes más juguetes que á nosotros, porque su papá, como es tan pobre, nunca puede comprarle ninguno.

Despedíme de Lulú, entré en mi dormitorio, me acosté, y después de persignarme y rezar mis oraciones, decidí no dormirme hasta que sonaran las doce, la hora precisa en que los Magos recorren el mundo en noche tan maravillosa.

Tuve que hacer esfuerzos inauditos y refregarme los ojos muchas veces para no quedarme hecho un tronco... Desde mi camita oía el tic-tac del reloj del comedor, y muy de tarde en tarde, las campanadas de las horas...

Revolvíame inquieto y desasosegado, y eso que, tras un riguroso examen de conciencia, me encontraba digno de merecer el regalo de los Reyes: en el colegio había ganado el premio de aplicación, y en casa no había hecho en todos los días que llevábamos de holgorio ninguna fechoría, salvo, ¡ todo hay que decirlo!, un ataque á mano airada á una tentadora pila de barras de guirlache.

Decididamente, los Magos pondrían junto á mis botas la bicicleta, si es que había llegado á su poder la cartita que Lulú y yo les habíamos escrito.

Sin saber por qué, me preocupaba haber visto vacía la ventana de la vecinita; dolíame pensar que los magníficos Monarcas de Oriente pudieran no hacer caso de Julia, según afirmaba Lulú.

Pero, ¿por qué no habría puesto su calzado...?

Porque á un tonto, ¡cuanto más á una muchachita tan despierta como Julia!, había de alcanzársele que los buenos señores no van á saberse de memoria dónde viven tantos y tantos chiquillos como somos en el mundo. Y para que les sirva de recuerdo, y ahorrarles molestias, es el poner en ventanas y balcones los zapatos.

Tal vez—y al ocurrírseme la idea sentí ganas de llorar—Julia tendría rotos los suyos y le habría dado vergüenza ponerlos en tal estado á la vista de Sus Majestades...

Pero de noche... ¡además que para andar con tales tiquis miquis deben estar los Reyes...!

Tan... tan... tan... ¡Las doce...! ¡Bendito sea Dios...! Había llegado la hora tan ansiada.

Aún no se había desvanecido el eco de las campanadas, cuando creí escuchar un ruido extraño que partía del gabinete, á cuyo balcón puse mis botas.

Decidí saltar de la cama é irme á fisgar detrás de los cristales, pero me detuvo la duda horrible de que mi impaciencia en curiosear podría echarlo todo á perder. Posible, casi seguro, si me sorprendían los Magos, que en vez de dejarme la bicicleta en el balcón, me dejaran á mi con tres palmos de narices, que no es precisamente lo mismo.

Muerto de curiosidad y emocionado, estuve quietecito en la cama no sé cuánto tiempo, ¡mucho!, lo menos, lo menos, dos minutos.

Salté de la cama, y andando de puntillas, salí al pasillo, empujé la puerta, y me hallé en el gabinete, inundado de la luz de plata de la luna que entraba por los cristales del balcón.

Me acerqué á éste temblando de ansiedad. No pude contener un ay de júbilo.

—¡Gracias, Reyecitos Magos!—tartamudeé loco de alegría al ver la bicicleta, ¡mi bicicleta, tal y como yo la deseaba!

De bonísima gana habría abierto los cristales para recoger el hermoso regalo, pero me contuvo el temor de que al ruido acudieran mis papás y me sorprendieran en flagrante delito de desobediencia.

Retornaba lleno de gozo á mi camita, cuando al encontrarme en el pasillo, me acordé de la ventana de Julia... ¿Habrían pasado por allí los Magos sin dejarla un recuerdo de su magnificencia...?

Entré en el ropero, que también se veía iluminado por la luna.

Puse mi cara en el cristal de la ventana...

¡La de Julia permanecía desconsoladoramente vacía!

—¡Pobre niña!—me dije.—Los Reyes han pasado sin acordarse de ella. Si yo les hubiera visto, les habría gritado: “¡Eh, señores, que ahí vive una infeliz chiquilla, muy guapa, muy buena, que no tiene mamá como yo!”

Y los benditos personajes, seguramente, habrían puesto en la ventana la muñeca más hermosa entre las miles que traerían.

Abandoné la vidriera un tanto caviloso; al cruzar la habitación, mis ojos se fijaron en *Fifi*, una muñeca de mi hermana, que había arrumbada á la pared, y sobre la cual caía de lleno un rayo de luna.

No lo pensé ni poco ni mucho. Rápidamente me apoderé de *Fifi*, abrí la vidriera y, alargando el brazo todo lo que pude, deposité la muñeca en el alféizar de la ventana de Julia.

Soñé que los Magos rodeaban mi camita y que uno de ellos, el más viejo y venerable, me decía:

—Gracias, hijo mío.

Y los tres Reyes me besaron en la frente.

D. LARRU.



EL BRUJO

CONTINUACIÓN

- MARI. Pues, señor... que la mula empezó á espantarse y á no querer andar. Yo volví la cabeza y vi que al brujo le salían por los ojos unas llamaradas azules como de pajueta y olía á azufre que no se podía aguantar. Entonces mi tío dijo, dice: "Esto debe ser cosa del otro mundo y del enemigo malo."
- JUAN. ¡Ay, qué miedo!
- CAL. No la hagas caso. Todo eso lo inventa ésta para asustarte.
- MARI. ¿Que es mentira? Preguntárselo á mi tío, á ver si no tuvimos que rezar tres credos para que la mula andara.
- CAL. Se dice anduviera.
- MARI. Bueno, como se diga. Pero sólo después de rezarlos siguió anduviendo.
- CAL. ¡Ya escampa!
- FRAS. Déjala que nos lo cuente.
- JUAN. Si, sí; á mí me dan mucho miedo esas historias, pero me gusta oirlas.
- CAL. ¡Pues á mí me cargan!
- MARI. Pues dice mi tío que este brujo debe de ser pariente de otro que hubo, que lo mismo era mirar á un niño se empezaba á poner flaco, flaco hasta que se moría.
- JUAN. ¡Qué horror!
- CAL. (A Maricuela.) Cómo se conoce que tu tío no ha salido del pueblo, cuando cree esas cosas.
- FRAS. ¿Tú no las crees?
- CAL. ¡Yo qué he de creer! Mi padre, que ha corrido muchas tierras cuando fué sargento y ha estado en las cinco partes del mundo, me ha dicho muchas veces que ha visto moros, chinos, indios, negros, pero que brujos no le ha visto en ninguna parte.
- FRAS. Pues ahí tienes la casa encantada, que esa no se puede negar que existe.
- JUAN. ¡Ya lo creo!
- MARI. Puede que digas que también es un cuento.

FRAS. ¡A ver!
CAL. Yo no digo que sea un cuento la casa, porque la estoy viendo, pero quizá sea un cuento lo del encanto.

MARI. ¿Por qué?
CAL. Porque me ha contado mi padre que esa casa hace muchísimos años que estaba en pleito y nadie la vivía, lo cual no les venía del todo mal á algunas gentes de mala vida que tenían allí su madriguera.

FRAS. ¿Eso te contó?
CAL. Sí, chico, sí. Haz como yo y ríete de historias terribles y vente conmigo si quieres á coger fresas y frambuesas. Yo no voy...

JUAN. Ni yo.
MARI. (A Frasquito.) Pues dejemos aquí juntas á estas dos miedosas y vámonos los dos como buenos amigos.

FRAS. Hombre... te diré. No es que yo tenga miedo también, porque la verdad es que á mí estas cosas no me asustan de día; pero como éstas son tan asustadizas, no las debemos dejar solas; y como somos tan buenos amigos como tú dices, la verdad es que podías ir tú solo y luego nos repartiríamos las que cogieses.

MARI. ¡Eso, eso!
JUAN. ¡Sí, sí!
CAL. La verdad es que no te perderás, Frasquito, porque ya sabes para tu año.

FRAS. Hombre... yo...
CAL. Calla, calla, que ya te veo venir, ó, mejor dicho, ya te veo quedarte. Quédate, hombre, quédate para defender á estas pobres criaturas si las acomete el brujo.

JUAN. ¡No lo digas ni en broma!
MARI. ¡No, por Dios!
FRAS. No, no. Con esas cosas no se debe andar en chanzas.

CAL. Pues con formalidad os digo que hagáis lo que se os antoje, pero que el que quiera

fresas y frambuesas tiene que venir á cogerlas, y el que no se atreva que sea franco y diga en su casa que ha tenido miedo del brujo.

FRAS. Pero, hombre...
JUAN. ¡Qué cosas tienes!
MARI. ¡Mira que eres malo!
CAL. Sí, muy pésimo. Para eso vosotros sois unos ángeles. Ea, ea, me voy á coger mis fresas, y para que no digáis, os traeré unas pocas á cada uno. (Vase por el foro.)

ESCENA III

Dichos, menos CALIXTO

MARI. Ahora que no nos oye, ¡a verdad es que Calixto, como valiente es valiente.

JUAN. Ya lo creo que lo es. Más que éste. (Por Frasquito.)

FRAS. ¡Desagradecida! ¡Conque me quedo con vosotras para que no estéis asustadas...!

MARI. ¡Ya lo creo! ¡Y para no pasar por delante de la casa del brujo!

FRAS. ¿Sí? Pues, para que veáis, ahora mismo me voy por aquí (señalando á la izquierda) á buscar un nido de ruiseñores que he descubierto el otro día. (Vase Frasquito.)

ESCENA IV

MARICUELA y JUANITA

MARI. Hija, también tú eres como Dios te ha hecho.

JUAN. ¿Por qué? ¿Qué he hecho yo?

MARI. ¿Qué has hecho? Llamas cobarde á Frasquito para que se ofenda y nos deje solas.

JUAN. Si has sido tú la primera que le has dicho que no se atreva á pasar por delante de la casa.

MARI. Pero tú le dijiste primero que era Calixto más valiente.

JUAN. ¡A mí no me tienes tú que regañar! ¿Sabes?

Continuará.

UN PASEO POR LA HISTORIA DE ESPAÑA

Estamos delante de Carlos I de España y V de Alemania.

—Sí, papá; ya lo veo... ¡Y qué estropeada está la estatua!

--Como todas... Esto te enseñará que hasta la piedra, con ser dura... no puede soportar el paso del tiempo sin sentir sus caricias destructoras. ¿Y qué recuerdas tú de Carlos V?

—Carlos V empezó á reinar en 1516.

—Bueno, ¿y qué hizo durante su reinado?

—Carlos V fué hijo de... fué hijo de...

—¡Hombre...! ¡Tropiezas a l empezar...!

—Fué hijo de...

—Fué hijo de Felipe *el Hermoso*...

—¡Ah, sí...! Fué hijo de Felipe *el Hermoso* y de doña Juana *la Loca*; nació en Gante y se educó en Flandes, desde donde vino á ocupar el trono de España á los diez y siete años de edad. Al principio no fué muy bien recibido en el país, porque las gentes decían que, desconociendo las costumbres y el idioma, no podría hacer su felicidad; pero poco á poco se captó las simpatías generales y tuvo fervorosos y entusiastas partidarios...

—Para, para...

—¡Así nos lo ha enseñado el profesor!

—Me refería á la velocidad con

que me lo dices... Respecto á ese juicio de tu profesor, cuando tengas más edad podrás comprenderlo si te gustan los estudios históricos. Sigue, pero no tan de prisa...

—Vacante el Imperio de Alemania, fué elegido para ocuparlo, viniendo á los otros pretendientes que eran... que eran...

—Francisco I de Francia...

—Es verdad... Francisco I de Francia y Enrique VIII de Inglaterra. Fué coronado en Aquisgran. Francisco I le declaró la guerra, no



CARLOS I

Ayuntamiento de Madrid

conforme con su derrota. En sus dominios no se ponía el sol, y tal vez por eso soñó con el imperio universal; pero tuvo que luchar con los franceses, con los turcos, con los argelinos, con los protestantes de Alemania, y, dentro de España, con los comuneros y los germanios, por lo cual, cansado y dolorido, abdicó la corona y se retiró al monasterio de Yuste, donde mandó hacerse, en vida, sus funerales, y murió, por fin, de una insolación. Le sucedió su hijo Felipe II.

—Bueno. Aunque no muy cronológica que digamos, tu relación es aceptable. No puede decirse más del emperador en menos palabras.

Y ahora vamos a ver a su vecino Felipe V... ¡Es un salto...! ¿No te parece?

—¡Mayor fué el que dimos desde Gundemaro a Carlos V!

—¡Tienes razón...! ¿Y qué sabes de este Felipe?



FELIPE V

—Felipe V era nieto de Luis XIV de Francia, y fué rey de España a los diez y siete años. Dió toda su confianza al cardenal Portocarrero, el cual, en unión de otros hombres ilustres, secundó sus planes de beneficiar las fuentes de la riqueza, lo que repuso un poco al país de las sangrientas luchas sostenidas. Fué esposo de María Luisa de Saboya, y después de Isabel de Farnesio. Murió en 1746.

—¡No está mal del todo...! Con que hubieras dicho que en tales luchas tuvo España importantes pérdidas en su territorio, y que la guerra más costosa de su reinado fué la llamada de Sucesión, tu relato estaría completo, aunque hecho en compendio.

—Eso de la guerra de Sucesión se me olvidó, porque sí que lo sabía.

—También has olvidado un par de cosas más, muy interesantes, de Felipe V... Fué el primer rey de la dinastía de Borbón.

—¡Es verdad!

—Y mandó construir el Real Sitio de San Ildefonso...

—¡Eso no lo sabía!

—No importa. Aprobado en la historia de Felipe V.

—¿Quieres que te diga otra?

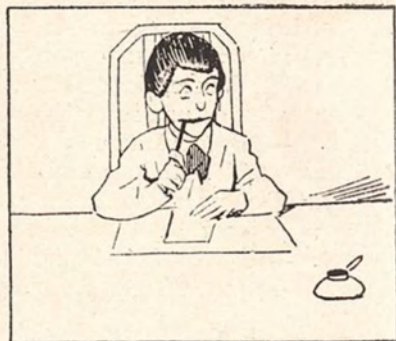
—No. Dejémoslo por hoy, que para todo hay tiempo, si Dios quiere.

Ayuntamiento de Madrid

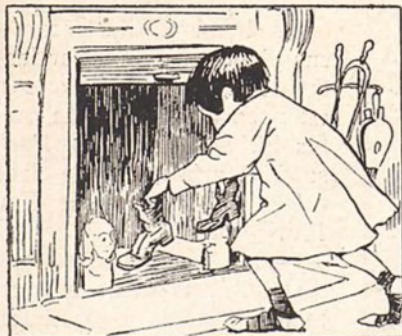
UNA BROMA



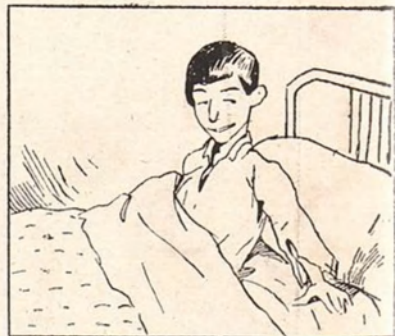
1. Quintín, que fué holgazán, malo y glotón, hace á los Magos una petición.



2. Puesto á pedir, vacila... ¿le traerán una caja de dulce, ó mazapán?



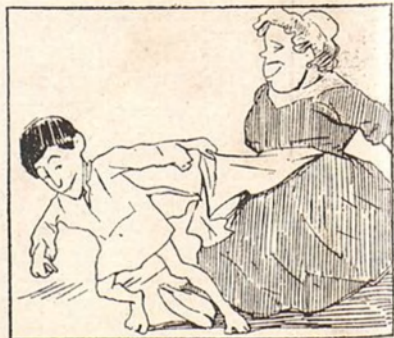
5. Llegó el día de Reyes esperado y sus botas dejó en sitio adecuado.



6. Pensando en el regalo el muy goloso, se acostó dando muestras de juicioso.



9. Alzó el Rey negro el cetro, y cien ratones surgieron en tropel por los rincones.



10. Amaneció, y Quintín corrió en camisa para ver su regalo á toda prisa.

OM DE REYES



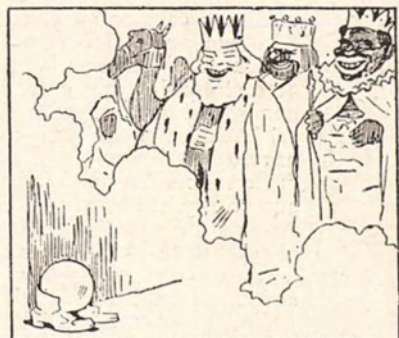
3. Pero ¡quial! mejor es que todo eso otra cosa, y pidió por fin un queso.



4. Y él mismo, con grandísima ilusión, su cartita metió por el buzón.



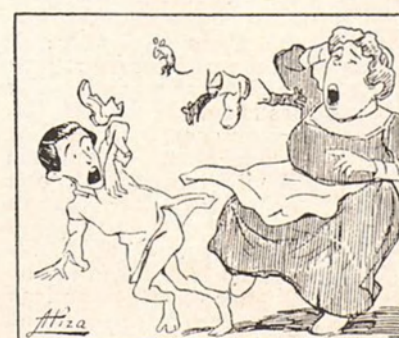
7. A las doce la chacha entró sin ruido y allí le puso el queso apetecido.



8. Pero á los Magos no se oculta nada y al verlo dieron un a carcajada.



11. ¡Qué decepción!, el queso había volado; los Reyes por glotón, le han castigado.



12. Y tras el desencanto ¡qué emociones! al ver saltar de allí varios ratones.



EL GORRIÓN Y EL ESTORNINO

(F Á B U L A)

Su red traidora preparó un labriego y, presos un gorrión y un estornino, llevólos á su casa y, á su esposa, enseñándoles ufano los cautivos: "Toma—le dijo,—toma estos bocados, péralos y échalos en el cocido." Al escuchar la bárbara sentencia pusieronse á temblar los pajarillos; pero el gorrión, que entre las aves goza nombradía de tuno, pilló y listo, así habló en su defensa, cual pudiera hacerlo un abogado distinguido: "¡ No me mates, por Dios! Antes medita que yo soy el encanto de estos sitios. Apenas nace el día, ya despierto, al trabajo te invito con mis trinos, y con ellos te doy la bienvenida cuando al anochecer vuelves rendido. ¡ No me mates, por Dios! ¡ Sé bondadoso ¿ Que lo mejor devoro de tu trigo...? ¡ Te han engañado, sí! ¡ Bien sabe el cielo que de las migas que te sobran vivo...!" Calló el gorrión, y al punto su cofrade emprendió su defensa en estos términos: "¡ Oh, probó labrador! Si entre tus manos no me tuvieras fuertemente asido, ni pensaras matarme, devorara las langostas, azote de tus trigos; los gusanos, martirio de tus frutas, y aun las moscas, molestia de tus hijos..." Resolviendo el labriego en consecuencia, dejó libre volar al estornino, y entonces el gorrión, lleno de angustia: "¡ No tienes corazón...?—diz que le dijo cuando la mano férrea le estrujaba dándole muerte entre los dedos rígidos...— ¡ No tienes corazón!" ¡ Valiente cosa...! Ignoraba el gorrión, aunque tan listo, que hay que buscar el corazón de algunos en el fondo prosaico del bolsillo...



RELATOS DE CAZA

¡DERROTADOS!

A un poblado de la Costa de Oro llegaron dos cazadores franceses, que, en Argelia matando panteras y en el Atlas leones, habían conquistado inmarcesibles lauros y alabanzas. Fueron á hospedarse á casa de un colono, compatriota suyo, y hablando una noche de sus correrías y aventuras, les dijo su huésped con cierto retintín bastante significativo:

—Id á cazar mandriles...

—¿ Monitos á nosotros...?—dijeron ellos muy engréidos.

—Id á cazar mandriles—limitóse á contestarles el colono.

Picados los discípulos de San Huberto en su amor propio, en cuanto empezaron á vislumbrarse los primeros resplandores del amanecer, se dirigieron á una montaña próxima, no sin haber dicho al colono, despidiéndose de él, que contara, para la noche, con media docena de mandriles que colgar en cada árbol de la hacienda, y eso que los había numerosos. Poco más de una hora llevarían los franceses de camino, cuando comenzaron á trepar por la montaña. En ella no se oía ni gorjear de pajarillos, ni suspirar de segatos, ni aullidos de chacaes; porque todos estos pequeños ruidos eran absorbidos por el formidable estruendo de una cascada. Llegaron á ella y quedaron extáticos viéndola como, saltando en lo alto entre unas grandes rocas, la sábana de agua se sumía recta en un tenebroso abismo, cuyas fauces lanzaban

Ayuntamiento de Madrid

al espacio magníficas nubes de blanco vapor... Estaban los cazadores absortos ante el gigantesco espectáculo, cuando repentinamente vieron caer próximos á ellos unos pedruscos. Alzaron los ojos y asombrados contemplaron una numerosa bandada de monos mandriles que, saltando de roca en roca y sin dejar de tirarles piedras, se dirigían á su encuentro en son de guerra. Los dos amigos requirieron tranquilamente las carabinas y dispararon contra los más cercanos. Un mandril cayó, pero los restantes, en vez de espantarse como esperaban los cazadores, apretaron sus filas y, corriendo á cuatro patas, se precipitaron sobre ellos. De espaldas á una enorme roca, los franceses siguieron disparando, pero aunque dejaron á bastantes fuera de combate, todo fué en vano. Los malditos animales, como si desconocieran la muerte, seguían aproximándose con grotescos saltos y contorsiones.

—¡No hay más remedio que ceder! ¡Huyamos!—dijo uno de los cazadores.

—¡Si podemos...!—contestó el otro.

Y calados los cuchillos de monte, arremetieron contra los enfurecidos monos. En cuanto lograron pasar sus filas, corrieron montaña abajo con todas sus fuerzas, seguidos de cerca por los aborrecibles cinocéfalos, que los acosaron hasta la llanura, y viéndose llenos de arañazos, hecha jirones la ropa y descalabrados, dejaron caer al suelo las hasta entonces invictas armas, y murmuraron casi con lágrimas en la voz:

—¡Derrotados...!

JOSE A. LUENGO



TEATRO DE MUÑECOS



COLOMBINA

agilidad. El teatro de muñecos, tal como hoy se conoce empezó en Italia hacia la última mitad del siglo XVII, y se extendió rápidamente, haciendo furor en todas partes. Los eruditos afirman que su origen puede buscarse nada menos que en Egipto, pues las mujeres egipcias llevaban á las fiestas religiosas unas figuritas que movían con cuerdas. También aseguran que en Grecia y en Roma se conocieron esas figuras de madera movidas á voluntad, y que circularon, asimismo, en la Edad Media. Lo cierto es que el teatro de muñecos, verdaderamente dicho, no se conoció hasta la Edad Moderna. En Italia adquirió su mayor esplendor, pues allí los muñecos llegaron á ser verdaderas obras de arte. En un

Ahora que el insigne Jacinto Benavente ha tenido la admirable idea de crear un teatro para los niños en España, conviene recordar que aquí sólo se puede ofrecer á los pequeños espectadores el teatro Guignol como espectáculo apropiado á su edad.

En otros tiempos y en otros países estuvo de moda el teatro de muñecos, que constituía la delicia de los chicos y de los grandes. Para que resulte agradable y verdaderamente vistoso, es preciso que los muñecos estén bien ejecutados y bien vestidos, lo cual resulta muy costoso. También es preciso una gran maestría en los encargados de manejar los alambres ó los hilos de los muñecos, á fin de dar á sus movimientos la necesaria



DR. BALANZON

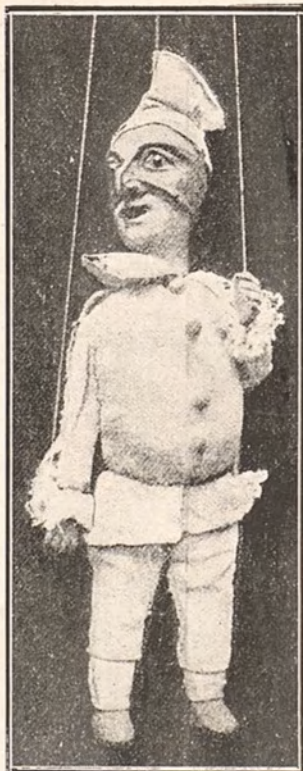
museo veneciano se guardan algunos, que despiertan muy justificada admiración.

Aún sigue allí cultivándose ese espectáculo, aunque no con la brillantez de sus buenos tiempos. Lo más curioso es que cada región de aquel país, tuvo siempre su muñeco favorito, reproducción del tipo popular y legendario de la región misma. Y también el encargado de los comentarios en escena, que nunca dejaron de ser una sátira de las cosas del momento.

Así, junto á los muñecos, que pudiéramos llamar clásicos, como Pierrot, Colombina, Florindo, Arlequín, Marcolfa, etcétera, etc., aparecen en la simpática lista Pantalone, el doctor Balancín, Patacca, el capitán Spaventa y otros similares.



ARLECCHINO



PUCINELLA

El teatro de muñecos cumplía su misión muy á gusto del público infantil á quien estaba particularmente dedicado, y también recreaba á las personas mayores, pues nunca el hombre deja de ser niño. Sobre todo, á la gente del pueblo, de suyo infantil y candorosa, los muñecos entretenían de veras.

Algunos avisados trashumantes, maestros en el arte de ganarse la vida de buena manera por esos mundos de Dios, se hacían con un teatrillo de muñecos para ir de pueblo en pueblo, ofreciendo á sus habitantes un espectáculo teatral que de otro modo no podrían disfrutar nunca. El repertorio solía ser algo fantástico, pero muy oportuno. Y de la impresión que causaba, podemos formarnos una idea recordando el retablo de maese Pedro del inmortal *Quijote*.

D. ALVARO DE BAZÁN, MARQUÉS DE SANTA CRUZ

La vida del granadino D. Alvaro de Bazán está enlazada á los sucesos más brillantes que ocurrieron en los reinados de Carlos V y Felipe II. En el combate naval de Muros, en el socorro de Malta, en la batalla de Lepanto y en la incorporación de Portugal á España,



en todos tomó parte, en todos alcanzó lauro, en ellos inmortalizó su nombre. Tenía bizarría de soldado, nobleza de caballero, resolución de capitán, penetración de político, sangre fría, discurso, previsión y carácter de hombre superior.

El 25 de Julio de 1544, terminada la acción en que su padre derrotó en Muros á la escuadra francesa y la apresó 23 naos y degolló á 3.000 hombres de su ejército y marina, recibió Alvaro, contando sólo diez y ocho años, de manos de aquél, el mando de la armada española, en

tanto marchaba á Santiago á rendir ofrenda al gran Apóstol con encargo de que le esperase en La Coruña, en cuyas aguas fué saludado por el conde de Castro, que era gobernador general de Galicia. Cuatro años pasó el joven almirante navegando por las costas de la península, y por las de Italia y Grecia, en las cuales, ora vigilaba los puertos, ya escoltaba á las naves de comercio, ó bien cogía prisioneros á los bajeles turcos y franceses que hacían corso. Los navíos mercantes de Andalucía se vieron amenazados por los de guerra del turco Ayaya, que desde el Peñón de Vélez los batía y apresaba

diariamente: entonces, aquella ciudad aparejó por su cuenta ocho galeras; las puso al servicio del Rey, y éste, para que hicieran el que era menester, á las órdenes de D. Alvaro. Sosegado el estrecho y litoral de Sur, franca la ruta del comercio, Bazán, juntando 32 más, procedentes de Cartagena, Barcelona, Génova é Italia, partió para Medina con objeto de socorrer á Malta, que bloqueaban y asaltaban los turcos. Muchas y muy grandes dificultades se oponían al socorro, y las más graves estaban en que si sucumbía en el empeño el poder naval de España; si la preponderancia otomana lo deshacía, no solamente Malta, sino Orán, Mazalquivir, y tras las posesiones africanas, Sicilia y Calabria, quedarían bajo la soberanía de Solimán. Por esto, el parecer de muchos experimentados generales, era el de no ir á dar la batalla; pero D. García de Toledo, general en jefe, tomando y ejecutando el de D. Alvaro, después de preparar 60 naves tal y como lo había aconsejado el experto marino, realizó el socorro con ver-güenza del poderío islamita.

El auge que tomaba el poder marítimo de Turquía despertó en Europa la necesidad de dar de una vez para siempre el golpe de gracia que lo desbaratara; para ello, bajo la protección de Pío V, se unieron España, Venecia y Génova. Los nombres de D. Juan de Austria, de Juan Andrea Doria y de Alvaro, que ya gozaba, desde el 25 de Septiembre de 1569, el título de marqués de Santa Cruz, eran garantía bastante para prever feliz término. La empresa era ardua, y en ella iban á jugarse las naciones cristianas su honra, su tranquilidad y alguna hasta su independencia. Con 208 galeras, seis galeazas y 22 navíos, corrieron al encuentro de los enemigos; éstos, que navegaban por el Golfo de Lepanto, al ver aparecer á los cristianos, formaron sus naves en media luna; una breve calma de viento da á los de la liga instantes para ordenar su flota, para alejar los bergantines y fragatas, con ánimo de que los 20.231 hombres que componían el ejército, faltos de toda esperanza de acogerse á aquéllos, no pensasen en más que en vencer y morir, para que se rompiera el fuego. Chocaron con furia las galeras de una y otra escuadra: las divisiones de Marco, Antonio Coloma y de Santiago Vernier acometían á las de Alí-Bajá, almirante; unos y otros no veían bien definida la victoria hasta que D. Alvaro, avanzando con sus naves, dió el triunfo á D. Juan de Austria. Acaeció la batalla el 7 de Octubre de 1571. A esta campaña siguió la de la incorporación de Portugal; 60 naves se mandaron á Lisboa, y 20.000 hombres y 1.500 caballos al reino lusitano; aquella las mandaba Santa Cruz; á los últimos, el ya anciano duque de Alba de su resultado diremos lo que escribió el general Arceche: "Es indudablemente la más sabia é instructiva de cuantas han tenido por objeto la conquista de Portugal." No podía ser de otra suerte; la habían llevado á cabo dos genios de la guerra: el gran duque de Alba, el inmortal almirante marqués de Santa Cruz. Murió en Lisboa en 1588.

ENRIQUE PACHECO Y DE LEYVA.